

gelicata. Una segunda etapa estaría formada por los poemas que constituyen el que Pedraza denomina «ciclo de la posesión», en el cual «la vida cotidiana de Lope y Micaela se convierte en materia poética»; así los sentimientos de impaciencia y la ausencia, sublimados literariamente, se constituyen en asunto de diversos sonetos. Termina con el «ciclo de la ruptura», referido aquí a la quiebra de sus relaciones con Elena Osorio; en él destacan los famosos sonetos de los mansos.

También observa Pedraza cómo Lope, fiel hijo de su tiempo, para literaturizar sus vivencias personales se suele servir de sus conocimientos de la cultura clásica, de la historia e, incluso, de la plástica, «dentro de este concepto hay que incluir no sólo las leyendas y personajes de la mitología grecorromana, sino también los bíblicos (de Abel a Judit) y aquellos que, aun perteneciendo a la historia documentada, se han elevado a la categoría de emblema o símbolo». Pero no sólo los hallamos en los poemas que expresan sus sentimientos, sino en los morales y de circunstancias. A veces, en una estructura que Orozco llamaría manierista, expone el desarrollo del tema y, sólo al final, lo aplica a su situación; otras veces, sobre todo cuando parece describir un cuadro pictórico concreto, «la técnica es decididamente impresionista, *avant la lettre*», pues su narración consiste en un cúmulo de imágenes sueltas sin aparente concatenación.

Esta parte de la introducción, dedicada a hacer comprensible el texto

al lector, enlaza con las notas que, en página par, acompañan a cada soneto. En ellas Pedraza ofrece: la datación del poema, cuando es posible; la relación del soneto con algún suceso de la biografía del poeta; las fuentes de algunos pasajes concretos; diversos lugares paralelos, sobre todo del propio Lope; la explicación de términos y giros sintácticos difíciles de entender, así como de las alusiones mitológicas e históricas; la relación de los críticos que han escrito sobre el soneto que se estudia, y un resumen de las doctrinas de cada uno.

Como podemos observar, la labor del profesor Pedraza ha sido exhaustiva tanto en el doble aspecto de la edición crítica, depuración y fijación del texto, como en el de la edición anotada, su comprensión. Por eso no dudamos que ha de resultar de gran utilidad para cualquier lector, ya sea estudiante de literatura o investigador, ya simple aficionado a la obra del Fénix.

JOSÉ RICO VERDÚ

LÓPEZ GRIGERA, Luisa: *La retórica en la España del Siglo de Oro*. Universidad de Salamanca, 1994, 191 págs.

Desde hace años veníamos siguiendo los escritos de la prof.^a Luisa López Grigera, que nos iban mostran-

do, entre otras cosas, el mundo filológico poco frecuentado de la retórica griega posterior a Aristóteles; ahora tales escritos se encuentran reunidos en el presente volumen que acaba de aparecer.

Pero no se trata sólo de estudiar la historia de las «ideas literarias» en cuanto tales, sino de su incidencia en la marcha de la propia historia de las letras bellas: se trata de «estudiar la posible influencia que... en particular la retórica [pudo] haber ejercido en la producción literaria en lengua vernácula».

Estamos en efecto ante un hecho que por nuestra parte hemos procurado subrayar muchas veces: el devenir de las ideas estéticas resulta inseparable del de la literatura, lo mismo que tampoco cabe separar la historia de la lengua de la de las ideas lingüísticas. Es muy desafortunado que en general a los lingüistas les importe poco la literatura, y que a los estudiosos literarios asimismo les traigan sin cuidado las cuestiones lingüísticas; de manera específica la historia de la lengua literaria no se puede hacer sin la de las ideas poéticas, y viceversa. Varias veces hemos dicho —y nos sumamos ahora en esta idea a Luisa López Grigera— que la retórica no debe considerarse sólo en sí misma, sino «en la posible influencia» que pudo alcanzar «en la producción literaria» de cada momento.

Aportación relevante de nuestra autora es la de prestar atención no sólo a «Aristóteles, Cicerón y Quintilia-

no», sino asimismo a «otra tradición retórica de no menor trascendencia en la producción literaria del mundo europeo:... la tradición que pervivió en la cultura y la educación griegas tanto helenística como bizantina». Nos encontramos así —por ejemplo— con que Fernando de Herrera hace uso de la autoridad de Hermógenes de Tarso y de la de Dionisio de Halicarnaso, y que el mismo Hermógenes parece haber incidido en el *Lazarillo*, el *Quijote* o Quevedo, etc. En general en el último tercio del siglo XVI español se hace frecuente en creadores literarios y comentaristas la presencia «de Trapezuncio y de Hermógenes,... y a ella se suman... Demetrio, Dionisio de Halicarnaso y... Longino».

Además de las que quizá son sus dos ideas de fondo (necesidad del estudio de la retórica para el de la literatura; existencia de una tradición retórica griega postaristotélica), el presente volumen va haciendo a lo largo de sus páginas aportaciones específicas: nuestra autora llama la atención —con Eugenio Asensio— sobre Juan de Maldonado; interpreta la expresión «soluta prosa» del marqués de Santillana; aborda la huella de Erasmo en Juan de Valdés; enumera algunos términos retóricos y poéticos «entrados al castellano en el siglo XV»; etc.

Con perspicacia, Luisa López Grigera mantiene también cómo «el llamado realismo de nuestro Siglo de Oro no era la imitación directa de la realidad..., sino que se trataba... del

uso de varios recursos combinados de la retórica clásica y renacentista»: el realismo literario deriva así de la figura de la *evidentia*.

Las páginas reunidas ahora por la prof.^a López Grigera requieren sin duda una lectura lenta que haga no sólo asimilarlas, sino asimilar de igual modo otras muchas páginas a las que ella remite. Por nuestra parte queremos apuntar también que en la investigación que dejó hecha Emilio Orozco se encuentran observaciones que sería bueno poner en relación con lo que dice nuestra autora (y al revés); Orozco fue investigador de muy alta talla y envergadura.

En cuanto a Luisa López Grigera hay que decir en su mérito que ha sabido darse cuenta de cosas que a todo otro estudioso español —creemos— le habían pasado inadvertidas. Su libro (aunque no sea sistemático) es necesario, y sólo cabe echar de más en él algunos desajustes de imprenta: se diría que a la autora no le han dejado corregir personalmente las pruebas.

El volumen que comentamos hace ver que hay muchas cosas que no sabemos o que las sabemos mal: incluso una época tan atendida como la de los Siglos de Oro presenta huecos de importancia. En otras ocasiones lo que se conoce se interpreta también mal o se simplifica; error bastante difundido es el de llamar «período clasicista» al de las centurias del XVI, XVII y buena parte del XVIII; pero ya advirtió Víctor Aguiar hace casi

treinta años que «el clasicismo... no debe identificarse... con la época que se extiende desde el siglo XVI hasta el XIX». Etc.

Luisa López Grigera nos incita con su obra a la rigurosidad y la exactitud en el estudio, pues con la verdad no caben ni deben caber compromisos.

FRANCISCO ABAD

LUCAS, José M.^a, y PEDRERO SANCHO, Rosa: *Antología de iniciación al griego*. Cuadernos de la UNED n.º 120. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1992, 275 págs.

Esta antología se presenta como una ayuda específicamente diseñada para los alumnos de Lengua y Literatura Griegas de la UNED. Los autores, profesores de esta asignatura en dicha Universidad, son lógicamente los que mejor conocen los procesos de aprendizaje del griego a distancia y las necesidades de sus alumnos. Por ello se ha planteado esta obra como un complemento práctico a las Unidades Didácticas, mediante el cual el estudiante puede ir ejercitando la traducción a medida que avanza en el conocimiento de la teoría.

El proceso de aprendizaje se aparta en cierta medida del orden didáctico de las gramáticas tradiciona-